

cia de pasiones y de influencias hostiles. Se quería dar como base á la vuelta del Papa la proscripción y la tiranía. Decid de mi parte al general Rostolán que no debe permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa ningún acto que pueda desnaturalizar el verdadero carácter de nuestra intervención. Resumo así el restablecimiento temporal del Papa: *Amnistía general, secularización de la administración, Código Napoleón y gobierno liberal*. Me he resentido personalmente al leer la proclama de los tres cardenales y ver que ni siquiera se hacía mención del nombre de Francia ni de los padecimientos de nuestros bravos soldados. Todo insulto inferido á nuestra bandera ó á nuestro uniforme me llega al corazón, y os ruego que hagáis entender que si Francia no vende sus servicios, exige por lo menos que le agradezcan así éstos como su abnegación. Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa, dejaron en todas partes, como huella de su paso, la destrucción de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad; y no se dirá que en 1849 un ejército francés pudo obrar en otro sentido, obteniendo diferentes resultados.» Luis Napoleón no había comunicado á ninguno de sus ministros esta carta, en la cual aparecían sus ideas de 1831.

En cuanto á política interior, el acuerdo entre Luis Napoleón y su ministerio no era más que aparente. M. Odilón Barrot ha escrito en sus Memorias: «Adivinaba que había un abismo entre la ideas de Luis Napoleón y las mías. Afable, lleno de distinción y de benevolencia en sus relaciones acostumbradas, hablando poco y sabiendo escuchar mejor, muy al contrario de Luis Felipe, algunas veces dábase el caso de que revelase su pensamiento por arranques repentinos; pero á la primera resistencia le replegaba en lo más secreto de su alma y parecía someterse á las razones de sus consejeros, aunque no hacía más que aplazar y esperar. No me fué difícil adivinar desde luego este carácter á la vez emprendedor y reservado, presintiendo que si podíamos atravesar juntos y en buena inteligencia tiempos de crisis, durante los cuales combatir era gobernar, nuestro acuerdo cesaría tan pronto como el peligro no distrajera la oposición tan profunda de nuestros sentimientos y opiniones.» M. Alexis de Tocqueville, entonces ministro de Negocios extranjeros, ha escrito: «Nosotros queríamos hacer revivir la República; él quería heredar: no le dábamos más que ministros, cuando él necesitaba cómplices.»

La situación del gabinete era difícil. Los republicanos le acusaban de clerical, y la mayoría de la Asamblea de demasiado republicano. MM. Thiers y Molé, que iban con frecuencia al Elíseo, constituían, con otros jefes del partido conservador, una especie de ministerio oculto que excitaba las susceptibilidades del gabinete. La derecha, queriendo recobrar para sus paniaguados todos los destinos, se mostraba resentida de que el ministro del Interior, M. Dufaure, que había desempeñado ya la misma cartera bajo el gobierno del general Cavaignac, se negase á dejar cesantes funcionarios republicanos.

Dividiendo para reinar, Luis Napoleón procuraba explotar en beneficio pro-

pio las cuestiones de la derecha y de la izquierda. Se aprovechó de ellas para hacer un cambio de gabinete, aunque éste no había dejado de tener mayoría en la Cámara; y separándose así de M. Odilón Barrot, firmó una serie de decretos que le nombraban en un mismo día caballero, oficial, comendador, gran oficial y gran cruz de la Legión de Honor. M. Barrot rehusó esta alta distinción, com-



Alexis de Tocqueville

prendiendo muy bien que el advenimiento del poder personal se aproximaba. «Cierta día llegó, ha escrito en sus Memorias, en que M. Thiers hubo de exclamar dolorosamente: ¡El Imperio está hecho! El 28 de octubre de 1849 fué cuando debió proferir este grito; es decir, el día en que un ministerio verdaderamente parlamentario y en plena posesión de la mayoría, había sido reemplazado por hombres que eran verdaderos dependientes subordinados: aquel día fué cuando se asentó el primer cimiento del trono imperial.»

Luis Napoleón tenía el arte de avanzar y retroceder según las circunstancias. Altivo había sido su mensaje del 31 de octubre, en el que se hallaban frases co-

mo éstas: «Francia, inquieta porque no tiene dirección, busca la mano, la voluntad del elegido del 10 de diciembre..... El nombre de Napoleón es por sí solo un programa; quiere decir: en el interior, orden, autoridad, religión y bienestar del pueblo; en el exterior, dignidad nacional;» y también fué muy diferente la actitud del nuevo ministerio respecto á la Asamblea. Los *burgraves* triunfaban. La ley de libertad de enseñanza, á la que el partido católico daba tanto valor, fué votada el 15 de marzo de 1850 por trescientos noventa y nueve votos contra ciento treinta y siete. «Se necesita, decía M. de Montalembert, la expedición de Roma en el interior.» El 31 de mayo siguiente la Asamblea aprobaba, por cuatrocientos treinta y tres votos contra doscientos cuarenta y uno, la ley que mutilaba el sufragio universal, bajo el pretexto de depurarle y moralizarle. Esta ley no se había hecho solamente contra los vagabundos y las personas sin oficio conocido, aquellas que en la discusión M. Thiers calificó de «vil multitud,» sino que también comprendía á muchos ciudadanos honrados, aunque pobres. Cerca de tres millones de ciudadanos quedaban así borrados de las listas electorales; y Luis Napoleón pensaba hacer recaer en la Asamblea la impopularidad de semejante medida. Según ha dicho M. Odilón Barrot, «el partido conservador no supo ver que forjaba como por gusto el arma con que debían herirle.»

Al mismo tiempo, el Presidente buscaba todas las ocasiones de ponerse en comunicación personal directa con las poblaciones de provincias, y recibíanle con repique de campanas y salvas de artillería. En el banquete de Soissons dijo el 9 de junio de 1850: «Si fuera siempre dueño de mis voluntades, vendría á estar entre vosotros sin fausto ni ceremonia; quisiera mezclarme así en vuestros trabajos como en vuestras fiestas, pero desconocido, á fin de juzgar mejor por mí propio de vuestros deseos y de vuestros sentimientos; no obstante, me parece que la suerte levanta sin cesar una barrera entre vosotros y yo, y tengo el sentimiento de no haber podido ser nunca simple ciudadano de mí país. Ya sabéis que he pasado seis años á pocas leguas de esta ciudad; pero muros y fosos me separaban de vosotros.» En Dijón decía el 13 de agosto: «Cuando veo que mi nombre conserva aún influencia sobre las masas, influencia debida al jefe glorioso de mi familia, me felicito de ello, no por mí, sino por vosotros, por Francia, por Europa.» El 15 de agosto negaba así en Lyon los proyectos que se le atribuían: «Tal vez han llegado hasta vosotros rumores sobre un golpe de Estado; pero no habéis creído nada, y yo os doy gracias por ello. Las sorpresas y las usurpaciones pueden ser el sueño de los partidos sin apoyo en la nación; pero el elegido por seis millones de votos ejecuta las voluntades del pueblo y no les hace traición.»

Sin embargo, en Estrasburgo, en Nancy, en Metz, en Reims, en Caen y en Cherburgo se presentaba rodeado del aparato de un soberano.

La Asamblea, prorrogada desde el 11 de agosto al 11 de noviembre, había nombrado una comisión permanente, compuesta de veinticinco individuos, todos hostiles á los proyectos de restauración imperial. Los dos poderes se obser-

vaban con mutua desconfianza. El 30 de octubre de 1850, Luis Napoleón pasaba una gran revista en la meseta de Satory, cerca de Versailles, donde varios regimientos de caballería proferían el grito de «¡Viva el Emperador!» La comisión pidió explicaciones, y el general Changarnier dirigió á las tropas una orden del día así concebida: «Según los términos de la ley, el ejército no delibera; se-



Montalembert

gún los de los reglamentos militares, debe abstenerse de toda demostración y no proferir ningún grito estando sobre las armas. El general en jefe recuerda estas disposiciones á las tropas que están bajo su mando.» A partir de aquel momento hubo una lucha encarnizada contra Luis Napoleón, pero sin declararse aún abiertamente, pues no le parecía al príncipe llegada la hora de arrojar la máscara. El 12 de noviembre dirigía á la Asamblea un mensaje, cuya conclusión era la siguiente: «Lo que me preocupa, sobre todo, es no saber quién gobernará en Francia en 1852, y emplear el tiempo de que dispongo de manera que el cambio, cualquiera que fuere, se efectúe sin agitación ni perturbaciones. El objeto más digno de un alma elevada no es buscar, cuando se está en el poder, por qué expedientes se perpetuará éste, sino velar de continuo sobre los medios de consolidar, en ventaja de todos, los principios de autoridad y de moral que se sobreponen á las pasiones de los hombres y la inestabilidad de las leyes. Os he

abierto lealmente mi corazón; vosotros corresponderéis á mi franqueza con vuestra confianza, á mis buenas intenciones con vuestro concurso, y Dios hará lo demás.» Habiendo adormecido la vigilancia de la Asamblea, Luis Napoleón esperó hasta el 9 de enero de 1851 para desembarazarse del principal obstáculo á sus proyectos, el general Changarnier, quien no solamente había llegado á ser jefe del Parlamento, sino que los legitimistas y los orleanistas le consideraban como un futuro Monck. El presidente de la República, que le había conferido el doble mando de la primera división militar y de los guardias nacionales del Sena, se lo retiró; y á partir de aquel día comenzó entre Luis Napoleón y la Asamblea un conflicto que no debía terminar sino por un golpe de Estado.



Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República